

“dante como las agnas del mar que cubren la tierra. Yo
 “veo á los pueblos, veo á los príncipes adorando en la se-
 “rie de los siglos á este Hombre Dios á quien los magos
 “vienen á adorar en este dia. ¡Naciones del Oriente! vo-
 “sotras vendréis tambien á vuestro turno: una luz, en com-
 “paracion de la cual, apénas es una sombra la de este as-
 “tro, herirá vuestros ojos y disipará vuestras tinieblas. Venid,
 “venid, apresuraos á venir á la casa del Dios de Jaco-
 “cob. ¡Oh Iglesia! ¡Oh Jerusalem! ¡regocijáos, arrojad
 “gritos de alegría! Vos que en aquellas regiones erais es-
 “fétil, que no criabais allí, tendréis en esta extremidad del
 “universo innumerables hijos. ¡Que os admire vuestra fe-
 “cundidad! Volved los ojos á todas partes, y ved: satisfac-
 “ced vuestras miradas en vuestra gloria: que vuestro cora-
 “zon se admire y se dilate: la multitud de los pueblos se
 “vuelve hácia vos: las islas vienen, la fuerza de las nacio-
 “nes os es concedida: nuevos magos que en el Oriente han
 “visto la estrella de Jesucristo, vienen del centro de las In-
 “dias para buscarle. ¡Levántate, oh Jerusalem! *Surge illu-
 “minare Jerusalem &c.*”

“Mas yo siento mi corazon mui conmovido en lo mas pro-
 “fundo, dividido entre la alegría y el dolor. El ministerio
 “de estos hombres apostólicos y la vocacion de estos pue-
 “blos es el triunfo de la religion; pero es tambien por ven-
 “tura el efecto de una secreta reprobacion que está pen-
 “diente sobre nuestras cabezas. Acaso estos pueblos van
 “á levantarse sobre nuestras ruinas, como sobre las ruinas
 “de los judíos se levantaron los gentiles en el nacimiento
 “de la Iglesia. He aquí una obra que Dios hace para glo-
 “rificar su Evangelio. ¡Pero no será tambien para trasfe-
 “rirle! Indispensable seria no amar al Señor, para no amar
 “su obra; pero seria tambien necesario el olvidarse á sí
 “mismo, para no temblar por ella. Regocijémonos pues en
 “el Señor, hermanos míos, en el Señor que da gloria á su
 “nombre; pero regocijémonos con temblor. He aquí dos
 “pensamientos que serán la materia de este discurso.

“Espíritu prometido por la misma verdad á todos los que
 “os buscan, que mi corazon no respire, sino para colocaros
 “en su parte mas íntima: que mi boca enmudezca si no ha
 “de abrirse á vuestra palabra! ¡Que mis ojos se cierren
 “á cualquiera otra luz, que no sea la que vos derramáis
 “desde vuestras alturas! ¡Oh Espíritu Santo, sed vos mis-
 “mo todo en nosotros: en los que me escuchan, la sabidur-
 “ria, la inteligencia y el sentimiento; en mí, la fuerza, la
 “uncion y la luz. María, ruega por nosotros.”

La noble magnificencia de este exordio, brilla en medio de la mas grande sencillez. Sin sentirlo nos sorprendemos cautivos por la elocuencia desde las primeras líneas de tan excelente introduccion: porque el orador trasladada dulcemente á nosotros las impresiones de que nos habla; y así es como experimentamos un sentimiento de admiracion, para caer despues en temores mui fuertes. Sin ese recargo de figuras, miserable recurso con que suelen reemplazar algunos el talento, Fenelon sorprende y arrebató nuestro espíritu con primores delicados; y con aquella elocuencia del alma, prenda feliz de la naturaleza mas bien que resultado del arte, ofrece á la vista del observador una fiel graduacion de sentimientos y de ideas, en que se comienza por la novedad del espectáculo, y se concluye naturalmente con el anuncio de un plan fecundísimo y sobre manera oratorio el cual debe ser desenvuelto en el presente discurso.

PRIMERA PARTE.

La primera parte de él, donde van á explanarse los diversos motivos de júbilo que excita vivamente en el espíritu la vocacion de los gentiles, se abre con una magnífica alegoría, en que la Iglesia, esta mística Jerusalem, presenta el bello cuanto grandioso cuadro de una ciudad tranquila, cuyas puertas francas y sin custodia alguna parecen anunciar aquella plenitud de paz y de reposo, aquella fruicion de placer, patrimonio de las almas felices, tan extrañas á las sombrías impresiones de la tristeza cuanto á las ideas turbulentas de temores y de peligros. Es una ciudad que, alimentada con productos de todas las naciones, aguarda soberanamente á los señores de la tierra, que vuelan á incorporarse dentro de sus sagrados muros; ciudad centro comun de seguridad y de gloria, fuera de la cual no se encuentra sino el dolor y la muerte; ciudad, en fin, jamas ennegrecida por las sombras, y perennemente alumbrada por un eterno dia. ¡Podrá encontrarse uno solo de corazon tan insensible que no se embriague con los primores y hechizos de tan bella pintura? ¡Quién no siente inundado su espíritu con el goce de aquel

bienestar único al cual nada perturba y que no muere jamás! ; Esfuerzo supremo del genio, tacto delicado, discernimiento feliz que anuncia las obras del talento! Para desplegar la magnificencia de tan rica poesía en un discurso oratorio y levantarle á tan alta perfeccion léjos de desnaturalizar su verdadero y genuino carácter, ha menester el hombre de un conjunto tan raro y tan copioso de conocimientos, de sensibilidad, de ternura, de imaginacion y de grandeza, que mui pocos, aun de aquellos que levantan con gloria su frente en el teatro de la literatura, podrán lisonjearse de triunfos tan bellos y de una superioridad tan prodigiosa.

Sin ser tan poético, no es ménos oratorio el cuadro que sigue, donde pinta con admirable energía la rápida propagacion del Evangelio, y donde Jesus arrebatando desde Belen las miradas del mundo, y atrayéndolo todo á sí por el dulce imperio que ejercia sobre todos los corazones, presenta el espectáculo sublime de la renovacion de un mundo por el nacimiento de un niño. Este pensamiento, cuya superioridad nada tiene que temer de la amplificacion oratoria, pues cada una de sus partes tiene por sí sola mucha elevacion, viene á desenvolverse naturalmente con increíble rapidez y extraordinario movimiento. Mucho y mui bello se ofrece aquí á la mas ilustrada admiracion; pero á fin de que se vea cuán inagotables son los recursos de los grandes maestros, y cuántos motivos de sorpresa puede encontrar la crítica en algunos pensamientos bien expresados y mejor concebidos, veamos este rasgo en su integridad, donde se describen las conquistas de la gracia desde el nacimiento del Cordero hasta la conversion de Roma.

“Jesucristo nace, y la faz del mundo se renueva. La lei de Moyses, sus milagros y los de los profetas no habian podido contener el torrente de la idolatría, ni conservar el culto del verdadero Dios en un pueblo encerrado en un rincón del mundo; pero el que viene de lo alto está sobre todas las cosas, y á Jesus estaba reservado el poseer todas las naciones como herencia. El las posee ya, vosotros lo veis; y desde que ha sido elevado en la cruz, todo lo ha atraído á sí. Desde el origen del cristianismo San Ireneo y Tertuliano habian hecho ver que la Iglesia se habia extendido ya mas que aquel imperio que se jactaba de ser el único en el mundo. Las regiones salvajes é inaccesibles del Norte, que el sol ilumina apenas, han visto la luz celestial: las playas abrasadoras de la Africa han sido inundadas con los torrentes de la gracia; los mismos reyes se han convertido ya en adoradores del nombre que blas-

“femaban, y en padres que nutren cuidadosos á la Iglesia, cuya sangre vertian.....”

“Mirad esos pueblos bárbaros que hicieron caer el imperio romano, multiplicados sin duda por Dios y reservados bajo un cielo de nieve, para castigar á Roma pagana embriagada con la sangre de los mártires: Dios les afloja la rienda, y ellos inundan el universo. Pero trastornado este imperio, se someten al del Salvador; y siendo juntamente ministros de sus venganzas y objetos de su misericordia, sin saberlo y como por la mano son conducidos delante del Evangelio: de modo que podria decirse de ellos á la letra, que habian encontrado al Dios que no buscaban.”

Recorre luego el orador la Europa y el globo entero con las alas de un genio profético, y con la impetuosidad de los movimientos mejor sostenidos, mas penetrantes y variados, para celebrar así las conquistas de la Cruz en las misiones del Oriente. “Pueblos, dice, de las extremidades del Oriente, vuestra hora ha venido. Alejandro, aquel rápido conquistador á quien Daniel pinta cual si no tocase la tierra con sus piés, tan zeloso de subyugar al mundo todo, se detuvo mucho mas acá de vosotros; pero la caridad ya mas léjos que el orgullo. Ni las tierras abrasadoras, ni los desiertos, ni las montañas, ni la distancia de los lugares, ni las borrascas, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie del aire, ni el fatal medio de la línea en que se descubre un cielo nuevo, ni las flotas enemigas, ni las bárbaras costas, nada puede contener á los que Dios envía. ¡ Quiénes son estos que vuelan como nubes! Vientos, conducidos en vuestras alas: que el Mediodía, que el Oriente, que las islas desconocidas los aguarden, y los miren en silencio dirigirse hácia ellas desde las mayores distancias. ¡Cuán hermosos son los piés de estos hombres á quienes vemos venir desde lo alto de las montañas á traer la paz, anunciar los bienes eternos, predicar la salud y decir: ¡Oh Sion, tu Dios reinará sobre tí! He aquí á estos nuevos conquistadores que vienen sin armas, excepto la cruz del Salvador: vienen, y no para arrebatar las riquezas ni derramar la sangre de los vencidos, sino para ofrecer su propia sangre y comunicarles el tesoro celestial.

“Pueblos que los visteis venir, ¡cuál fué entonces vuestra sorpresa, ni quién es capaz de representarla! ¡Ved aquí á unos hombres que sin ser atraídos por ningun motivo de comercio, ni de ambicion, ni de curiosidad, se dirigen á vosotros; unos hombres que sin haberos visto nunca, sin

“saber siquiera donde estáis, os aman tiernamente, lo dejan todo por vosotros, y os buscan al través de todos los mares, con tantas fatigas y peligros, para daros parte en la vida eterna que han descubierto! Naciones sepultadas en la sombra de la muerte, ¡qué luz sobre vuestras cabezas!”

¡Qué variedad en el cuadro! Qué energía en la narración! ¡Qué destreza tan exquisita en la elección de las circunstancias! *La caridad va mas léjos que el orgullo.* ¡Podrá presentar la elocuencia antigua cosa alguna comparable con esta observación tan natural, tan simple, y al mismo tiempo tan sublime! ¡Con cuánta verdad, hermosura y magnificencia pinta los obstáculos que arredran á los héroes y desaparecen bajo los piés de los apóstoles! Si solo la religión cristiana podia ministrar la materia, el talento de Fenelon parece como el único capaz de manejarla con tan incomparable superioridad. Todo aquí se halla en movimiento y en su propio sitio; pero principalmente ¡de qué manera tan feliz acertó á preparar la exclamación que termina este magnífico cuadro! *Naciones sepultadas en las sombras de la muerte, ¡qué luz sobre vuestras cabezas!* ¡Cuándo se pintó la admiración de una manera mas sublime! Quítese la elipsis, y desaparecerá todo el cuadro, y perderá su interés el movimiento; mas estos son los secretos preciosos del genio, á donde nunca penetrarán las reglas del arte.

Fenelon nos traslada luego al reino de Siam y al Japon, y no teme desafiar los peligros que presenta tanto este como la China para los enviados de Dios; porque ha visto triunfar de todos aquellos á un santo obispo que habia dado la vuelta al mundo. En una página poco mas nos cuenta de la manera mas interesante las peregrinaciones que habia hecho este apóstol de la caridad. Con la ternura de un hijo nos habla de sus costumbres puras y de las lecciones de virtud y sabiduría que daba con sus ejemplos. Una vejez que se anticipa, una situación deplorable, las penitencias y trabajos de aquel misionero, que estaba ya al borde del sepulcro, no fueron bastantes á contenerle; porque el fuego de la caridad que ardia en su pecho le llamaba otra vez á la China. Incapaz ya de detenerle, se dirige á él con una voz llena de tristeza, pero al mismo tiempo de resignación. “Id pues, anciano venerable, atravesad una vez todavía el océano admirado y sumiso; id en nombre de Dios. Vos veis la tierra prometida; os será dado penetrar en ella, porque habéis esperado contra la misma esperanza. La tempestad que debia causar el naufragio, os arrojara sobre la

“deseada costa. Por el espacio de ocho meses hará vuestra voz moribunda que los muros de la China resuenen con el nombre de Jesucristo. ¡Oh muerte precipitada! ¡Oh vida preciosa que debia durar mas largo tiempo! ¡Oh dulces esperanzas tristemente arrebatadas! Pero adoremos á Dios y callemos.”

Se descubre en este pasaje un no sé qué de melancólico y sombrío, á la vez que de grande y majestuoso; es el corazón que oprimido con el peso de unas memorias tiernas y venerables, y agitado por vagos presentimientos, no puede manifestarse del todo. Aquí la imaginación y el sentimiento se substituyen á la exactitud lógica de las ideas, porque el corazón demasiado zeloso, nunca se franquea todo al entendimiento. ¡Solo el que siente como Fenelon es capaz de una ternura tan delicada y penetrante!

De otro orden ciertamente, aunque no de menor interés en su línea, es el pasaje que viene á suceder á este movimiento patético; porque sin perder de vista su objeto, ataca á los protestantes como á unos hermanos que, sin guía que los conduzca, vagan errantes fuera de la Iglesia Romana, que es su centro. El orador, echando una mirada sobre las épocas mas lejanas de la historia, recuerda con placer y con un aire de sorpresa, que está usando precisamente del mismo idioma con que atacaba San Agustín á las sectas de su siglo. Presenta á la Iglesia en la cumbre de un elevado monte fijando la vista, dirigiendo los pasos y sosteniendo las esperanzas de todos los pueblos. Empleando con una sábia economía los procedimientos de la lógica mas estrecha y los encantos de una imaginación seductora, nos embelesa con sus cuadros; pero dejándonos percibir en ellos mismos la fuerza de la realidad. “Esta sábia sobriedad de imaginación, dice el Cardenal de Maury, sin la cual nada existe digno del buen gusto, le permite coordinar sus cuadros con tal arte y medida, que producen siempre un efecto maravilloso sin que se descubra nunca esfuerzo ni artificio.”

“Invita luego á los ministros de la religión, á fin de que se consagren á los trabajos apostólicos; y despues de citarse él propio al tribunal de sus oyentes, osa preguntarse á sí mismo: ¡porqué no se pone á la cabeza de aquellos misioneros cuyo celo estaba inflamando! ¡porqué, limitándose á piadosas exhortaciones, no se apresura á darles el ejemplo! A la sorpresa que excita una franqueza tan valerosa, suceden la emoción todavía mas viva y el suave enternecimiento que inspira la humildad sublime con que inmediatamente responde.”

“¡Que no pueda yo, hermanos míos, exclamar como Moyses á las puertas del campo de Israel: si alguno pertenece al Señor, únase á mí! ¡Dios me sirve de testigo; Dios delante de quien estoy hablando; Dios á cuya presencia sirvo cada día; Dios que lee en todos los corazones. ¡Señor, vos lo sabéis: confuso y penetrado de dolor y admirando vuestra obra, no siento en mí ni el esfuerzo, ni el espíritu que son necesarios para ir á cumplirla! ¡Felices aquellos á quienes concedéis el hacerlo! ¡Feliz yo mismo, á pesar de ser tan débil y tan indigno, si pueden mis palabras encender en el corazón de algun sagrado ministro esa llama celestial con que un pecador como yo no merece estar inflamado!”

La inagotable imaginación del arzobispo de Cambray, no cesa en toda la serie de este discurso de presentarnos cuadros que se suceden sin asemejarse nunca, y crecen siempre en esplendor y en interés. Transportando á sus oyentes á aquellas regiones lejanas donde se complace en descubrir los consuelos y triunfos de los misioneros, describe con el mas tierno interés las costumbres sencillas, el fervor y la piedad de los pueblos orientales.

“Allí, dice, ninguno se atreve á ofrecer á la vista de aquellos fieles llenos de un fervor santo á nuestros tibios cristianos de la Europa, recelando con mucho temor que este ejemplo contagioso les enseñe á amar la vida y á abrir sus corazones á las alegrías emponzoñadas del siglo. El Evangelio, íntegro todavía, produce en ellos aún su natural expresión: porque forma pobres bienhadados, afligidos que hallan alegría en sus lágrimas, y ricos que temen tener su consuelo en este mundo; porque todo medio entre el siglo y Jesucristo es ignorado allí; porque no saben aquellas almas felices otra cosa que orar, ocultarse, sufrir y esperar. ¡Oh amable simplicidad! ¡Oh fe vírgen! ¡Oh alegría pura de los hijos de Dios! ¡Oh hermosura de los antiguos tiempos que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no nos resta á nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria! ¡Ah! ¡Infelices de nosotros! Hemos pecado, y nuestra gloria por esto nos abandona; vuela mas allá de los mares; un nuevo pueblo nos la arrebató: he aquí, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.”

Nada es mas bello que este último trozo. ¡Qué ternura en los sentimientos! ¡Qué sencillez tan agradable en la narración! ¡Cuánta nobleza en el estilo! Y sobre todo, ¡qué naturalidad en la transición al segundo punto! Ella es la imagen fiel de esos colores desvanecidos con tal arte, que

insensiblemente pasa la vista del uno al otro de los extremos. “¡Oh amable simplicidad! ¡Oh fe vírgen!” He aquí la alegría; pero no muy exaltada, sino con cierta melancolía que luego se trasluce y va creciendo suavemente hasta que domina del todo. “¡Oh hermosura de los antiguos tiempos, que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no queda entre nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria!” He aquí la alegría que inspiraba la primera parte, moderada ya por una idea muy desconsoladora. ¡Ah! ¡Infelices de nosotros! veamos aquí la perspectiva ya completamente variada: las naciones orientales han desaparecido, y los oyentes no pueden distinguir ya sino á sí mismos. “Hemos pecado, continúa, y nuestra gloria por esto nos abandona; vuela mas allá de los mares: un nuevo pueblo nos la arrebató. Esto es, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.” He aquí á la Francia que por cierta especie de encanto vino á reemplazar á las regiones del Oriente: he aquí una perspectiva óptica de las mas bellas: es la imagen de un cielo puro que repentinamente se ve cubierto de nubes espesas que arrebatan el día y la luz á los ojos de los hombres. Un cuadro nuevo se descubre á los espectadores; porque la alegría que en la primera parte se respira, no queda ya sino en la clase de una triste y vergonzosa memoria. ¡He aquí el verdadero orador!

SEGUNDA PARTE.

Al principio de la segunda parte, Fenelon pinta con la mas varonil y rica elocuencia la proscripción de los judíos y la defección de la creencia católica en las vastas regiones de Levante, “de donde la fe, dice, se levanta sobre nuestras cabezas como el sol. ¡Qué ha sido de aquellas famosas iglesias de Alejandría, de Antioquía, de Jerusalén, de Constantinopla, que tenían subordinadas á sí otras innumerables! Allí es donde por espacio de tantos siglos se focaban los mas negros errores aquellos concilios, y pronunciaron oráculos que vivirán eternamente: allí es donde con tanta majestad reinaba la antigua disciplina, modelo por el cual suspiramos hoy en vano. Aquella tierra esta-